

comos. El Señor, por su infinita misericordia, oiga los piadosos ruegos de vuestra majestad, y de tal manera consuele á su santa Iglesia católica, por tantas vias combatida y perseguida de los ministros de Satanás, que quedando él, como otro Faraon, con todas sus máquinas, carros y ejércitos ahogado, pueda vuestra majestad algún día cantarle cánticos de alabanza y alegría, y decir, con la otra María, hermana de Moisen: «¡Cantemos al Señor y alabémosle, pues se ha mostrado magnífico y glorioso, y ha arrojado en la mar al caballo y al caballero!»

En este colegio de la Compañía de Jesus, á 10 de Noviembre de 1589 años.

PEDRO DE RIVADENEIRA.

AL CRISTIANO LECTOR.

Dos cosas, entre otras, cristiano lector, me han movido á tratar de las tribulaciones. La primera, la muchedumbre y abundancia que tenemos dellas en estos tiempos trabajosos, en los cuales, demas de las fatigas y miserias que cada uno pasa en su persona y casa, nos visita y castiga nuestro Señor con las calamidades públicas que padecemos. La otra, ver que no nos sabemos aprovechar desta misericordia del Señor, y que por nuestra culpa perdemos un riquísimo tesoro de inestimables bienes, que podríamos granjear si de la raíz amarga de la pena supiésemos coger el fruto suavísimo de nuestra emienda y correccion. Aspera y desabrida es en sí la tribulacion, mas con la gracia de Dios se hace dulce y sabrosa (1), y en la boca del leon muerto muchas veces se halla el panal de miel (2), y los gitanos que ántes nos apretaban y afligian, cuando los vemos ahogados y muertos nos dan motivos de alabanza y alegría. Más muestra nuestro Señor su infinito poder enviándonos tribulaciones y consolándonos en ellas y librándonos dellas, que si no las enviase. Porque, como admirablemente dice Eusebio Emisenó, mayor maravilla es que caiga la casa y que no reciba lision alguna el que estaba en ella, que si la casa se estuviera en pié; y que quebrado el mástil y caidas las velas y perdido el gobiernalle, la nave salga de medio de la tempestad salva y entera, que si se estuviera en el puerto quieta y segura; y que en medio de las llamas no os queméis, y en el lago seáis regalado de los leones, que si no hubiérades entrado en el fuego ni en el lago. Y por esto la tribulacion nos es materia para que glorifiquemos más al Señor, y tambien nos es estímulo para la virtud y para nuestro aprovechamiento. Porque, como dice san Gregorio, papa (3), «la carne se sustenta con las cosas blandas, y el ánima con las duras; la carne se regala con los deleites, y el ánima se ejercita con las cosas ásperas. La una se apacienta con los gustos suaves, y la otra se hace más vigorosa y robusta con las amarguras saludables. Y como las cosas duras afligen la carne, así las blandas ahogan el espíritu, y con lo que la carne vive para pocos días, el espíritu muere para siempre.» «No podemos coger en la otra vida, como dice el mismo santo, el gozo que no hubiéremos sembrado y cultivado en ésta con sufrimiento y paciencia (4). Todas las cosas que sirven al hombre, para que sean de provecho, primero han de padecer muchas como tribulaciones y martirios. El campo, para que dé fruto, se cava y se ara; el trigo, para que se pueda comer despues de cogido, se limpia, muele, amasa y cuece; el vino y el aceite se exprimen en el lagar; la lana y el lino pasan por infinitos tormentos, y el hombre con las tribulaciones se perficiona y afina. Todas las artes tienen sus reglas y medidas para examinar y nivelar sus obras; el nivel para examinar las obras del cristiano y saber lo que ha aprovechado en la virtud, es la paciencia y sufrimiento en los trabajos y adversidades que padece; porque el que sale del crisol purgado y resplandeciente es oro fino y perfeto. Y así dice el apóstol Santiago (5) que la paciencia muestra que la obra es perfeta. Y por esto el mismo apóstol nos exhorta (6) que pongamos todo nuestro gozo y contento en ser probados y afligidos con varias tentaciones. Esto es lo que tenemos de hacer, esto lo que, con el favor divino, debemos procurar, para que no perdamos tan grandes riquezas y bienes como por medio de las tribulaciones podemos alcanzar. A este blanco se endereza este mi trabajo, á este fin se escribe este tratado, para que sanemos con las medicinas amargas, y emendando nosotros nuestras culpas, el Señor parta mano de las penas con que nos azota y castiga. Comencemos en su santo nombre, y para que procedamos con más orden, ante todas cosas declaremos qué cosa es tribulacion.

(1) Exod., xiv.

(2) Judic., xiv.

(3) Gregor., x, Moral., cap. xiii.

(4) Lib. x, Moral., cap. xu.

(5) Jacob, i.

(6) Ibidem.

LIBRO PRIMERO

DE LA TRIBULACION,

EN QUE SE TRATA

DE LAS TRIBULACIONES PARTICULARES Y DEL REMEDIO DELLAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Qué cosa es tribulacion, y cómo se divide en temporal y eterna.

Cualquiera de nuestros sentidos y potencias se deleita con su objeto propio y proporcionado, y se entristece cuando el objeto le es contrario y desconveniente. El ojo naturalmente se alegra con la vista de cosas lindas, y el oido con la música concertada, y el gusto con los manjares sabrosos, y el olfato con los olores suaves; y al revés, reciben pena estos sentidos cuando lo que se ve es triste, y lo que se gusta es desabrido, y lo que se oye y se huele es desagradable é insuave. Lo mismo podemos decir en los demas sentidos y potencias, interiores y exteriores; y aquella pena y afliccion que reciben, ó con el objeto contrario, ó con la falta y deseo de su propio y conveniente objeto, llamamos *tribulacion*; y llámase así de *tribulo*, voz latina, que es una yerba aguda y espinosa, que en castellano llamamos abrojo, porque es, como él, espina y lástima. Otros derivan este nombre de *tribulacion* de *tribula*, que en latin es lo que nosotros llamamos trilla, instrumento bien conocido de los labradores, con la cual en la era se trillan y apuran las mieses. Porque, así como la miés se aprieta y quebranta con la trilla, y se despide la paja, y queda limpio y mondo el grano, así la tribulacion, apretándonos y quebrantándonos, nos doma y humilla, y nos enseña á apartar la paja del grano y lo precioso de lo vil, y nos da luz para que conozcamos lo que va de cielo á tierra y de Dios á todo lo que no lo es.

Supuesta esta declaracion, se ha de notar que hay dos linajes de tribulacion y pena con que los hijos de Adán son afligidos y fatigados despues que nuestros primeros padres pecaron. El uno es temporal, que se acaba con esta vida, y el otro es eterno, que durará mientras durare Dios. Por esto dijo el *Eclesiástico* (1) que el pecado es como espada de dos filos, y que es incurable su herida, porque obliga á pena temporal y á pena perdurable, y de suyo es incurable la herida que hace, porque ni con nuestras fuerzas ni con las de toda la naturaleza no se puede curar, si Dios, por los mereci-

(1) *Eccles.*, xxi.

mientos de la sangre de su precioso Hijo, no la sana. Y el mismo *Eclesiástico* (2), en el mismo capítulo, luégo más abajo, dice: «El camino de los pecadores es pedregoso, y el paradero dellos es infierno, tinieblas y penas.» Diciendo que el camino es pedregoso, da á entender el trabajo y pena con que caminan los malos, y añadiendo que el paradero es infierno, tinieblas y penas, declara que las tribulaciones y penas dellos no se rematan con su vida. Y el profeta Nahum dijo (3): «¿Por qué pensais mal contra el Señor? El dará fin á estas calamidades, y la tribulacion no será doblada; dando á entender que con la tribulacion temporal y breve desta vida quedarian los hombres purgados, y que no se seguiria tras ella la eterna, ni se añadiria tribulacion á tribulacion. Y Job dice (4): Dios te librará en seis tribulaciones, que son todas las desta presente vida, y no te tocará la séptima tribulacion, que es la eterna, ni vendrá mal sobre tí. No es pues mi intencion hablar ni tratar aquí de las penas y tribulaciones que padecen los pecadores en el infierno, porque éstas no tienen remedio, alivio ni consuelo, y son tantas y tan horribles y espantosas, que no se pueden con entendimiento humano comprender, y mucho menos con lengua explicar. Lo que pretendo es hablar de las congojas y fatigas de que está sembrada toda esta vida miserable, y de la fruta que en este valle de lágrimas y destierro nuestro cogemos, para que, pues necesariamente tenemos de gustar y comer della, y esto no se puede excusar, de tal manera comamos, que no nos empezca su amargura, ni nos quede dentera de tan desabrido manjar, sino que lo desabrido se nos haga sabroso, y dulce lo amargo, y suave lo áspero, y fácil y llevadero lo dificultoso é insufrible.

CAPÍTULO II.

La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias que pasa el hombre en esta vida.

Hablando pues de las tribulaciones y penas desta vida presente, ¿quién podrá contar el número, la variedad y terribilidad dellas? El Espíritu

(2) *Eccles.*, xxi.

(3) Nahum, i.

(4) Job, v.

Santo dijo en el *Eclesiástico* estas palabras (1): Grande ocupación se crió en todos los hombres, y un yugo muy pesado tienen sobre sí todos los hijos de Adán desde el día que salieron del vientre de sus madres hasta el día que fueron sepultados y depositados en el regazo de la tierra, que es madre de todos. Los pensamientos dellos, y los temores de su corazón, las invenciones y acaecimientos que no pensaban, y los días de sus acabamientos, desde los presidentes que están asentados en su trono, hasta el pobrecito que está postrado y tendido en el suelo y en la ceniza; desde el que anda cargado de joyas y de jacintos y trae corona en la cabeza, hasta el que va vestido de lino crudo y cubre sus carnes de cáñamo. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades combaten y afligen al hombre, cuán agudos son los dolores, cuán terribles los tormentos, cuán varias y cuán mal entendidas de los médicos son las dolencias que cada día se descubren de nuevo, cuán penosos son sus remedios, y muchas veces más tristes que las mismas dolencias? ¿Qué diré de la hambre y de la sed, y de los manjares amargos y desabridos? ¿Qué de los malos y pestilentes olores? ¿Qué de las palabras injuriosas y malas nuevas que oye? ¿Qué de lo que ve y no querría ver, no viendo lo que querría? ¿Qué de las pasiones turbulentas y olas tempestuosas que anegan el corazón? El amor ciego, el odio cruel, la alegría loca, la tristeza sin fundamento, el temor vano, las esperanzas engañosas, la ira furiosa, los antojos desvariados, los deseos insaciables y sin fin, los castillos en el aire, las trazas desbaratadas de subir y crecer, la memoria de lo que nos queríamos olvidar, y el olvido de lo que nos queríamos acordar. Y en los casados, las sospechas falsas, los celos y disgustos, la ansia de tener hijos si no los hay, y si los hay, el trabajo de criarlos, el temor de perderlos, el dolor cuando se pierden, si son buenos, y las continuas lágrimas, gemidos y sobresaltos cuando no lo son. ¿Cuántas mujeres en los partos compran con sus muertes las vidas que dan á sus hijos? ¿Cuántos millares de hombres se traga cada día la mar? ¿Cuántos consumen las guerras? ¿Cuántos las pestilencias, los rayos, los temblores de la tierra, las caídas de casas, las crecientes de los ríos, las picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Y aún sola la vista de algunas mata y acaba (2). Hombre ha habido, que murió reventando serpientes por todas las partes de su cuerpo. Y no solamente las bestias fieras y ponzoñosas le persiguen, sino las pequeñas y flacas asimismo le enojan, y hasta los mosquitos le desasosiegan y quitan el sueño y no le dejan reposar; de manera que parece que todas las cosas que crió Dios para servicio del hombre se conjuran contra el hombre, y son tanto para su daño como para su servicio. Y no se escapa desta miseria y calamidad el grande ni el pequeño, el rico ni el pobre;

(1) *Eccles.*, XLIX.(2) Plinio lo escribe, *De Pherecide Strio*, lib. VII, cap. V.

porque, como dice el Sabio, desde el que está sentado en la silla real y trae corona en la cabeza, hasta el desnudo y desastrado, están sujetos á esta miseria. Y dado que todas ellas le fatiguen y persigan, lo peor de todo es, que el mismo hombre, que debería ser el amparo y remedio de otro hombre, le es verdugo y cuchillo, y le hace guerra más cruel que todas las otras criaturas. ¿Cuántos agravios, calumnias, robos, injurias, afrentas, heridas y muertes padecen cada día unos hombres de otros hombres? La tierra, la mar, los caminos, las plazas públicas están llenas de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos, y como si faltasen instrumentos para quitar al hombre la vida, se inventan con ingeniosa crueldad nuevos modos y nuevos instrumentos para acabarle, y para que, cuando el aire y el cielo le perdonaren, le persigan los compañeros de su misma naturaleza. Y ha llegado nuestra miseria á tanto extremo, que no solamente lo hacen los extraños y apartados, sino los muy deudos y conjuntos ponen las manos en su sangre, y el hermano quita la vida al hermano, la mujer al marido, el marido á la mujer, el padre al hijo, y el hijo al padre. Un filósofo, llamado Dicearco, dice Ciceron (3) que escribió un libro en que cuenta las causas de mortandades que hasta su tiempo habia habido en el mundo; y despues de haber declarado la infinidad de gentes que habian perecido de hambre, de pestilencia, de avenidas de ríos, de tormentas de la mar, de diluvios, de incendios, de concurso de bestias fieras que asolaron y destruyeron pueblos y provincias enteras, y otros acaecimientos semejantes, concluye que mucho mayor número de hombres ha muerto por mano é industria de otros hombres, que por todas las otras calamidades juntas que ha habido en el mundo. Y no es maravilla que sea verdad lo que dijo este filósofo, pues de Julio César, que fué alabado de muy clemente y piadoso, se escribe (4) que en las batallas que dió murieron más de un millon y cien mil hombres. ¿Qué hiciera si fuera cruel el que vertió tanta sangre siendo piadoso? Por esto se dice en un proverbio latino: *Homo homini lupus*; que el hombre es al hombre lo que á la oveja es el lobo. Y por la misma causa dijo Cristo, nuestro redentor, á sus sagrados discípulos (5) que los enviaba como ovejas entre lobos. Y á Ezequiel, profeta, dijo Dios (6) que moraba con escorpiones. Y Job dice (7) que era hermano de los dragones. San Juan Orisóstomo prueba muy á la larga que el corazón humano, sin la gracia divina, es la más brava, cruel y ponzoñosa fiera que hay en el mundo, y que todos los apetitos de todas las bestias se encierran en él. Y así parece que lo da á entender el Espíritu Santo cuando, hablando de la perversa y mala mujer, dice (8) que es mejor morar con el

(3) Lib. II, *Officiorum*.

(4) Plin., lib. VII, cap. XXV.

(5) *Math.*, X.(6) *Ezech.*, II.(7) *Job*, XXX.(8) *Eccles.*, XXV.

leon y con el dragon que con ella. Y Séneca dijo (1): «Cada día viene al hombre peligro de otro hombre, contra el cual se ha de armar y estar atento, porque no hay mal ninguno más ordinario ni más pertinaz ni más blando.» La tempestad da señales ántes que se levante, los edificios estallan ántes que caigan, el humo va delante del incendio; pero el mal que nos viene del hombre viene de repente y nos toma descuidados, y tanto más se encubre cuanto está más cerca. Engañaste, te dice, si crees al semblante de los que te topan y te saludan, los cuales tienen la figura de hombres y el corazón de fieras. No se acaban aquí nuestros daños, sino que los demonios nos persiguen y afligen, como lo vemos en el demonio que afligió al santo Job (2), y en el que mató á los siete maridos de Sara (3), hija de Raquel, y en otros ejemplos. Y aún los santos ángeles son ministros de Dios y ejecutores de su justicia contra nosotros, como lo hicieron en Sodoma (4) y en las otras ciudades que se quemaron con el fuego del cielo, para castigar con él el de la concupiscencia infernal, que tanto en el os ardia, y en el ángel que mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército del rey Senacherib (5), y en el que vió el rey David (6) sobre Jerusalem con la espada bañada en sangre, haciendo grande riza en el pueblo y llevándole á cuchillo; y en las plagas de Egipto (7) y en otras vemos lo mismo; y lo que es más, el mismo Dios se arma contra nosotros, y el Hacedor hace guerra á su hechura, como lo dijo Job (8) en aquellas palabras: *Cur faciem tuam abscondis, et arbitraris me inimicum tuum?* ¿Por qué, Señor, escondéis vuestro rostro y me tratáis como enemigo? Y el hombre es el mayor enemigo de sí mismo y el que más cruel guerra se hace, y se carga de balde de cuidados impertinentes y de cargas insufribles, y así lo dijo el mismo Job (9): *Quare me posuisti contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis?* Señor, vos me habeis hecho vuestro contrario, y por esto soy odioso y pesado á mí mismo. Y es esto de manera, que algunos, de aborridos, se matan, pensando que con la muerte acabarian las miserias y molestias de la vida, para que no nos espantemos que los otros, por más conjuntos y allegados en sangre que sean, no perdonen al hombre, pues él no perdona á sí mismo. Pues si el cielo, la tierra, y la mar, y el aire, y el fuego, y todos los elementos se arman contra el hombre; si todas las criaturas se conjuran y apellidan contra él; si el ángel malo y el ángel bueno son ministros de Dios para afligirle, y el mismo Dios se le muestra contrario, y el hombre es verdugo de otro hombre, y muchas veces de sí mismo,

(1) *Epist.*, CIII.(2) *Job*, II.(3) *Tob.*, VI y VII.(4) *Gen.*, XII.(5) *IV Reg.*, XIX.(6) *I Reg.*, XXIV.(7) *Exod.*, XII y XIII.(8) *Job*, XIII.(9) *Job*, VII.

¿cuántas y cuán graves serán las tribulaciones y penas que necesariamente ha de padecer, pues son tantos y tan poderosos los que se las procuran, y él tan flaco y miserable para poderlas resistir?

CAPÍTULO III.

Que Dios es autor de la tribulacion del hombre, y para afligirle se sirve de las criaturas.

Estando, pues, cercados por todas partes de penas, y no habiendo en el mundo ningún hijo de Adán que se pueda escapar dellas, bien es que veamos qué consuelo y alivio podrémos tener cuando la corriente y avenida de las tribulaciones viniere sobre nosotros. Para esto se ha de considerar atentamente, primero, de dónde nos viene la tribulacion, y quién es el autor y la causa della; por que, sabiendo por qué mano nos viene, por ventura será más fácil el remedio.

Dios nuestro Señor es la primera y universal causa de todas las cosas; de manera que así como todas ellas reciben el sér de Dios, y sin él no tendrían ningún sér, así este mismo sér, despues que le recibieron, está dependiente y colgado de la voluntad del mismo Dios que se le dió, como el rayo del sol del mismo sol, y de la fuente el agua que corre della. Y como no habria rayo de luz si el sol no alumbrase, ni agua si la fuente se secase, tampoco tendria criatura alguna sér si el Señor apartase la mano de su conservacion.

Lo que decimos del sér se ha de entender de la misma manera del obrar de las criaturas; porque, así como ninguna criatura se conservaria si Dios no le estuviere siempre dando el sér, así no obraria si Dios no estuviere siempre obrando con ella y dándole fuerza para obrar; porque de tal suerte están las causas segundas ordenadas y trabadas entre sí, y tal proporcion y subordinacion tienen con la primera causa, que ninguna dellas puede moverse para nada, ni obrar sino en virtud de la primera, la cual mueve á las demas y les da eficacia para obrar, y obra en ellas y con ellas, con tan maravillosa eficacia y perfeccion, que todos los efectos de las segundas causas son más propios de la primera que no suyos. De manera que cuando el sol nos alumbraba y el fuego nos calienta y el mantenimiento nos sustenta, aunque propia y verdaderamente se atribuyen estos efectos á sus causas particulares, pero más propiamente se puede decir que Dios es el que nos alumbraba, calienta y sustenta, que estas criaturas, que lo hacen por su virtud. Porque, así como el sér, y la vida, y el movimiento, y operacion del cuerpo humano, depende en todo y por todo del ánima que está en él, sin la cual deja de ser cuerpo de hombre, y no tiene vida ni se puede mover ni obrar, así habemos de entender que la vida y como el alma de todas las criaturas es Dios nuestro Señor, sin el cual no son nada y no se pueden mover ni causar efecto alguno, y que más propiamente se han de atribuir á Dios, como á primera y principalísima causa de todas las causas, los efectos dellas, que no á las mismas causas segun-

das. No solamente porque la virtud que tienen para moverse y obrar no la tienen de sí, sino de Dios, sino porque no se moverían ni obrarían si el mismo Señor no las moviese y obrase con ellas y las tomase por instrumento para hacer lo que él es servido. Y pues no decimos que el pincel pintó la imagen que vemos, sino el pintor, aun que para pintar se sirvió del pincel, ni que la pluma escribió la carta que leemos, sino el escribano con la pluma; tampoco tenemos de atribuir á las criaturas los efectos que hacen, como á causas primeras y principales, sino como á segundas causas é instrumentos de la primera y soberana causa, que es la divina voluntad. Y ésta es una admirable, dulce y provechosa consideración para ver á Dios en todas sus criaturas, y andar siempre en su presencia como sumidos y anegados en sus beneficios, y tomar como de su mano todos los sucesos y varios acaecimientos, prósperos y adversos, que vemos cada día en el mundo.

Esta verdad así declarada se sigue otra de no ménos consuelo: que Dios es el autor y causa primera y principal de todas las tribulaciones y penas que padecemos; el cual, para corregir y purgar y perfeccionar á los hombres, se sirve de todas sus criaturas, aun de las mínimas y más despreciadas y viles, y todas ellas le sirven como los buenos y leales soldados á su rey; porque Dios nuestro Señor ha de dar una batalla y pelear con el hombre el día del juicio universal, cuando armará, como dice la Escritura (1), á todas las criaturas contra los insensatos y pecadores, y ellas pelearán contra ellos; pero entre tanto que viene aquel día, hay varios reencuentros y escaramuzas en el mundo, como se usa en la guerra; y la hambre, la pestilencia, la misma guerra, los temblores de la tierra, los vientos, las tempestades de la mar, los rayos y otros infortunios escaramuzan contra el hombre, y si el Señor no les tuviese la rienda, le arruinarían; pero vales á la mano con su clemencia para que le azoten y no le acaben, y sea ésta una como escaramuza, y no batalla formada, como escribe san Clemente, papa (2), haberlo oído decir al príncipe de los apóstoles, san Pedro, su maestro. Y no ha Dios menester á las criaturas para afligirnos y castigarnos, porque basta volvernos Él las espaldas para que nosotros nos volvamos en nuestra nada; pero quiere servirse dellas para mostrarse Señor de todas, y algunas veces toma las más flacas y más viles sabandijas que Él crió, para nuestra cruz y tormento, para que se vea que Él es solo el Señor de todo y todopoderoso, pues con alguaciles y ministros de justicia tan pequeños y tan flacos hace castigos tan terribles.

¿Cuántos, no digo hombres pobres, sino reyes y monarcas del mundo, han sido comidos de piojos y roídos de gusanos, siendo pasto en vida de los que en muerte todos lo somos, y enseñándonos cuán

(1) *Sapient.*, v.
(2) *Lib. v. Recognit.*

flaca y de poca estima es toda aquella soberanía y majestad que admiramos y adoramos en los hombres, pues cosa tan soez y asquerosa la pudo consumir y acabar? Las moscas y los cinifes (3), que es un linaje fastidioso de mosca pequeña y canina, y las ranas, afligieron á los gitanos (4). De los crábrones, que son tábanos, ó, como los llama el libro de la *Sabiduría* (5), avispas, se sirvió Dios para espantar y afligir á los habitadores de la tierra de Canaán antes que la sujetase á su pueblo (6). Los ratones fueron los verdugos y ejecutores de su justicia contra los filisteos (7) después que tomaron el arca, y despedazaron y comieron á un arzobispo de Maguncia llamado Hato (8), porque había sido cruel con los pobres, y á un rey de Polonia, llamado Popiel, porque había muerto con ponzoña á dos tios suyos que le iban á la mano, de cuyos cuerpos buharon tantos ratones, que, sin poderlo resistir, royeron y acabaron al Rey y á su mujer, que había sido consorte en el delito. Las langostas cada día talan los campos, y roen y consumen los frutos dellos, y los trabajos y haciendas de los labradores. Los conejos arruinaron una ciudad de España, y en Macedonia los topos, y en Francia las ranas, y en África las langostas han hecho lo mismo, y en otras provincias otras sabandijas han causado daños notables (9). Estando la ciudad llamada Nisibis cercada de Sapore, rey de Persia, el obispo della, que se llamaba Jacobo, suplicó á nuestro Señor que la defendiese, y Dios envió un ejército innumerable de mosquitos, que entrándose desaproperadamente por las narices de los caballos y por las trompas de los elefantes de los enemigos, les hacían dar brinco y saltos, con tanta furia y espanto de los que estaban encima, que no siendo parte para los detener y sosegar, se desbarató todo el ejército y se alzó el cerco, y la ciudad quedó libre (10). Y de semejantes ejemplos hay muchos en las historias y vidas de los santos, por los cuales se ve que Dios es el sumo Emperador y Monarca del universo, y que todas las criaturas son sus soldados, y que muchas veces se sirve de los más viles para manifestar más su poder y para castigar y afligir por su medio á los hombres con las tribulaciones que él les envía.

CAPÍTULO IV.

Qué diferentemente es Dios causa de la tribulación cuando hay en ella pecado y cuando no lo hay.

Pero hase de advertir que de dos maneras diferentes concurre Dios nuestro Señor con las criaturas para atribular y afligir al hombre; porque algunas veces no hay pecado en el que causa la tribulación, y otras sí; y aunque Dios en todas con-

(3) *Exod.*, viii.
(4) *Deut.*, vii.
(5) *Sapient.*, xii.
(6) *I. Reg.*, xv.
(7) *I. Reg.*, v.
(8) Mariano Seo., *Mar. in chron. Genebrar. in chron. ann. 970. Historia prodigiosa*, 1.ª p., cap. iii.
(9) *Plin.*, viii, cap. xxix.
(10) *Teod., Hist. eccles.*, lib. ii, cap. xxv.

curre con lo que da pena y aflige, pero muy diferentemente en la una manera y en la otra. Cuando por estar turbada la mar se hunde el navío, cuando un diluvio de agua arrebata y anega á los hombres, cuando por la pestilencia queda yerma la tierra y se despueblan las ciudades, cuando un incendio que se levanta por un rayo del cielo abrasa la casa y hacienda, claro está que en estos y en otros daños semejantes no hay pecado, ni le puede haber en las criaturas que los obran, así porque ellas no son capaces de pecado, como porque siguen en lo que hacen el órden de su naturaleza, ó por mejor decir, el órden de Dios, que les dió y conserva la tal naturaleza; el cual concurre libremente con su sabiduría y providencia con ellas, y les da fuerza para hacer aquellos efectos que hacen, y el mismo Señor los hace más principalmente que no ellas, y por eso se atribuyen los tales efectos más propiamente á Dios que no á las criaturas, pues todo el ser y operación dellas depende de Él, como queda declarado.

Otras veces puede haber pecado en el que es causa de la tribulación, como cuando uno contra razón y justicia persigue á su prójimo ó le acusa y calumnias falsamente, ó le quita la hacienda ó la vida contra la ley de Dios; cierto es que de aquel daño que le hace, y de aquella tribulación y pena que el otro recibe, no es autor el Señor, en cuanto es pecado y transgresión de su ley; porque, así como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, y á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, así é infinitamente más repugna á la bondad infinita de Dios amar la maldad. Dios nuestro Señor, dice san Pablo (1) que es fidelísimo y que no puede negarse á sí mismo, y negarse si quebrantase la órden de su justicia é hiciese cosa contraria á su naturaleza y bondad, y fuese autor del pecado; y si lo fuese, ya no sería pecado, ni él lo castigaria con pena del infierno; y pues lo castiga, señal es que no le agrada lo que castiga tan ásperamente. Y así dijo el profeta Abacuc (2), hablando con Dios: «Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podéis mirar las perversidades de los hombres.» Quiere decir, no podéis ver, y viendo, aprobar y tener por buenas sus maldades. Como decimos, no le puede ver cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro. Y en otro lugar se dice que el Altísimo aborrece á los pecadores, y da á los impíos el pago y castigo de su impiedad. El real profeta David dijo (3): «Por la mañana asistiré en vuestro templo, y conoceré que vos no sois Dios que quiere maldad»; y en otro lugar (4): «Amastes la justicia y aborrecistes la maldad»; y su hijo Salomón (5): «Dios abomina el camino del impío, y ama al que sigue la justicia»; y en otro cabo (6): «De una misma manera Dios aborrece al

(1) *II. Tim.*, ii.
(2) *Abac.*, i.
(3) *Salmo v.*
(4) *Salmo xlv.*
(5) *Prov.*, v.
(6) *Sapient.*, xiv.

malo y á su maldad.» Y en el *Eclesiástico* se dice (7): «Nunca mandó Dios á nadie que obrase mal, porque no quiere muchedumbre de hijos desleales y desaprovechados.» Y toda la Sagrada Escritura está llena desta verdad, y de cuán aborrecible es á Dios el pecador y el pecado. Mas porque Dios crió al hombre libre y le dejó en mano de su consejo (8), y como dice altamente el gran Dionisio Areopagita, discípulo de san Pablo (9), toca á su providencia conservar las naturalezas que Él mismo crió, de tal manera concurre con cada una dellas, como conviene á la naturaleza que Él les dió. Y así, concurre con el hombre, que es libre, dejándole obrar libremente y caer en pecados por su voluntad. No porque le agraden los pecados, que esto es imposible, como tenemos dicho, sino porque no pierda el hombre su libertad, y se descomponga y desordene la naturaleza libre y señora de sí con que fué criado. Clemente Alejandrino dice (10) que una de las mayores y más admirables obras del Señor es conservar la naturaleza del hombre en su libertad.

Pero hase de notar que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto natural, que es como el fundamento de aquella obra, y la otra, la desórden con que ella se hace. De la primera es autor Dios, y de la segunda el hombre. Pongamos por caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano á la espada, de levantar y menear el brazo, de tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin la desórden de la voluntad del hombre, que los hizo para matar á otro. De todos estos movimientos, en sí considerados, es causa Dios nuestro Señor, y Él los hace, como hace los otros efectos que dijimos de las criaturas irracionales. Porque, así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, á la manera que declaramos en el capítulo pasado, así tampoco sin Él no pudiera el tal hombre menear el brazo ni echar mano á la espada. Y por esto dijo san Pablo (11): *In ipso vivimus, movemur et sumus*; que en Dios vivimos, nos movemos y somos. Y demás desto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase dellos para su necesaria defensa ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no tendría culpa. Pero de la desórden y deformidad que interviene en este hecho y muerte injusta del hombre, no es causa Dios, aunque la permite; y permitela por dejar al hombre en la libertad con que le crió, y por sacar della mayores bienes. Porque esta verdad tenemos de creer y tenerla muy asentada en nuestros pueblos (12): que el Señor no permitiría males en el mundo si no fuese para sacar dellos otros mayores y más importantes bienes, que son los

(7) *Eccles.*, xv.
(8) *De divinis nom.*, cap. iv, in fine.
(9) *Eccles.*, xv.
(10) *Lib. i. Pedagog.*, cap. xi.
(11) *Act.*, xvii.
(12) *August., In Ench.*, capítulos xi y xvii.

mismos males que permite; porque, así como en el fuego que hacemos se quema y consume la leña, y pierde su sér y forma de leña, lo cual en sí es malo; pero deste mal se sigue el alumbrarse el hombre, el cocerse la vianda, el purificarse el aire, y otros buenos efectos que hace el fuego; y éstos son mayores bienes que fué el mal del gastarse y corromperse la leña; así Dios nuestro Señor permite el mal de la culpa para descubrir por él los tesoros y riquezas de su gloria, como adelante se dirá.

Volviendo pues á nuestro propósito, de todos los males de pena es nuestro Señor causa y autor, y no lo es ni lo puede ser de ningún mal de culpa. La una y la otra verdad nos enseña el Espíritu Santo; esta segunda, que no es autor de la culpa, en los lugares que arriba referimos de la Escritura y en otros muchos; y la primera, que lo sea de la pena, lo declara Moisés cuando en persona de Dios dijo aquellas palabras contra los pecadores (1): «Yo juntaré contra ellos males, y tiraré contra ellos mis saetas hasta que no quede ninguna.»

Acabado el templo que labró Salomón, le apareció Dios la segunda vez y le dijo (2) que si seguía las pisadas del rey David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino; y si no, que los destruiría y asolaría, y los haría fábula y risa del mundo. Y en el *Deuteronomio* se ven otras amenazas más terribles y espantosas acerca desto. Salomón dice (3): «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza viene de Dios.» Isaías en persona de Dios dice (4): «Yo soy el Señor, y no hay otro que lo sea; yo soy el que crió la luz y las tinieblas, el que hago la paz y crio el mal; yo soy el Señor, que hago todas estas cosas.» Y en otro lugar (5): «¿Quién ha entregado á Israel á sus enemigos para que le despojasen? ¿No es Dios, contra el cual pecaron y no quisieron guardar sus mandamientos?» Y por Jeremías (6) dice Dios, hablando del pueblo de los judíos: «Yo lloveré sobre ellos tales males, que no puedan salir dellos; clamarán y darán voces á mí, y no los oiré; irán las ciudades de Judá y los vecinos de Jerusalem, y llamarán á los dioses á quien sacrifican, pero ellos no los librarán de sus congojas y aflicciones.» Y por el profeta Amos dice (7): «¿Habrá por ventura algún mal en la ciudad que yo no le haya causado?» Y como éstos hay otros muchos lugares en las divinas letras, en que se ve que Dios nuestro Señor es el autor y causa del mal de la pena, pero no lo es así de la culpa, como queda dicho.

(1) Deut., xxxii.
(2) III, Reg., ix.
(3) Eccles., xi.
(4) Isai., xl v.
(5) Isai., xli.
(6) Jerem., xi.
(7) Amos, iii.

CAPÍTULO V.

Por qué causas envía Dios las tribulaciones.

Siendo nuestro Señor tan dulce y piadoso padre para con nosotros como es, y habiendo muerto en una cruz por darnos vida, parece cosa digna de admiración que aflija y atribule á sus hijos con tantas y tan varias y extrañas maneras de penas como vemos cada día en el mundo. Pues de lo que acabamos de decir se saca que Él es el autor de todas nuestras penas, y que sin Él no sería parte para fatigarnos ninguna de sus criaturas. Pues si nos consta que Dios es padre, y padre amorosísimo y suavísimo, y que nos azota y castiga ásperamente, bien será que rastreemos é inquiramos las causas por que nos trata desta manera. Si nuestros primeros padres no pecarán, no tuviéramos tropiezos ni dificultades en esta nuestra jornada; todo el camino nos fuera llano, derecho y apacible, sin cansancio, sin torcimientos ni desvíos. No tuviéramos necesidad de medicina, porque no hubiera enfermedad que curar. Pero como todos caímos en nuestros padres y quedamos lisiados y dolientes, no se pudo curar tan grande y universal dolencia sino con purgas amargas y desabridas. Y por esto dijo el santo rey David (8): «Yo pequé ántes que fuese humillado y afligido.» Y en el libro de la *Sabiduría* se dice (9): «Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas; mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.» Y así, propiamente hablando, el pecado es la original causa y manantial de todos nuestros males y penas. Porque, como dice el Apóstol (10), por el pecado entró la muerte, y se extendió y comprendió á todos los hombres. Pero, supuesto el pecado, fué necesario que hubiese justicia y castigo y horca para el ladrón, y que con el órden de la justicia se ordenase y reparase el desórden de la culpa, como vemos que se hace en las cosas humanas. Porque así como cuando un hombre mata á otro hombre se descomponen y desordena, y para concertar y componer aquel desórden la justicia lo mata á él, así con la pena, que es órden admirable de la divina justicia, ordena Dios y concerta el desórden del pecado, el cual si faltára, no hubiera necesidad de pena y castigo.

Las purgas amargas que tomamos en nuestras enfermedades turban el estómago y nos debilitan; pero así evacúan los humores desordenados y malignos, y limpian y sosiegan el cuerpo; y si no hubiese desórden y desproporcion de humores, no habria necesidad de componerlos con otro desórden y turbación. Por esto dijo el glorioso san Agustín (11): «Entienda el hombre que Dios es médico, y que la tribulación es medicina para sanarle, y no pena para condenarle. Cuando te curan, te queman

(8) Salmo cxviii.
(9) Sapient., xi.
(10) Rom., v.
(11) Aug., in psalm. xli.

y cortan, y tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad, por darte entera salud. Todos los que en esta vida han sido afligidos, exceptuando al Hijo de Dios, que no pudo tener pecado, y á su benditísima Madre, que por especial gracia no le tuvo, ántes que fuesen afligidos tuvieron la culpa por lo ménos del pecado original, y los miró Dios en algún tiempo como á enemigos y rebeldes y hijos de traidor, y como á tales los pudo castigar justamente. Y demas del pecado original, que es la raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida, los cuales cura Dios, como médico sapientísimo, con penas y adversidades, como con medicinas contrarias, y por ellas nos azota y castiga como padre amorosísimo. Y por esto dijo (1): «Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente, para que se enmienden los pecados que pasan de padres en hijos por imitación hasta la cuarta generación.» Y el glorioso evangelista san Juan en persona de Dios dice (2): «A los que amo yo, los reprendo y castigo.» Y el apóstol san Pablo dice (3): «Al que Dios ama castigale, y azota al que recibe y tiene por hijo.» Y es esto de manera, que concluye el mismo apóstol en aquel lugar que el que no es castigado y disciplinado no se debe tener por hijo de Dios, sino por ilegítimo y hijo de otro padre. «¿Qué hijo hay, dice él, que no sea castigado de su padre? Porque, si careceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios.» Y conforme á esto dice san Agustín: «Si no estás en el número de los atribulados, no estás en el número de los hijos.» Y Salomón dice en los *Proverbios* (4): «Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, porque él castiga á los que ama, y huelga con ellos como padre con sus hijos.»

Cuando vemos que algunos moachos están jugando y travesando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno dellos y le castiga, luégo entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Lo mismo habemos de entender de nuestro grande y benignísimo Padre, el cual á los que tiene por hijos los azota y castiga, y deja sin castigo á los que no tiene por tales.

Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar á entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará. Y así dice por el profeta Ezequiel (5): «Yo dejaré el celo que tengo de tí, y alzaré la mano y no me enojaré más, porque me has provocado á esto con todas estas maldades.» Y por Oseas (6): «Yo no visitaré ni castigaré á vuestros hijos cuando hubieren fornicado.»

(1) Exod., xx.
(2) Apoc., iii.
(3) Hebr., xiii.
(4) Proverb., iii.
(5) Ezech., xvi.
(6) Osea., iv.

Y David dice (7): «El pecador, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios, que, según el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos.» Y al revés, la misma Sagrada Escritura nos enseña que es señal de amor maternal el azote y castigo de Dios en esta vida, como lo dice el real profeta David, el cual, contando en el salmo lxxxviii las mercedes que Dios le prometió, y lo que habia de hacer con sus hijos por muy gran favor, dice: «Visitaré con mi vara y castigo sus maldades, pero no apartaré dellos mi misericordia»; y en aquellas palabras (8): «Señor, vos fuistes propicio y clemente para con ellos, y por esto castigastes todas sus invenciones y maldades.» Y el profeta Amos (9), hablando con su pueblo en persona de Dios, «A vosotros, dice, solos conozco y tengo por amigos entre todas las congregaciones de la tierra; por tanto, yo os visitaré y castigaré vuestras maldades.» Porque, como se escribe en el libro de los *Maca-beos* (10), señal es é indicio de la merced grande que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno y que les sucedan las cosas á su voluntad, sino que luégo los castiga; de suerte que en haciendo la culpa, luégo la paguen con la pena.

Pero, aunque muchas veces la pena es medicina que cura la culpa en que caímos, otras es medicina que nos preserva para que no caigamos; que por esto dijo el Apóstol (11) que el Señor le habia dado el estímulo de la carne; que algunos doctores le interpretan, como suena, por las tentaciones del apetito sensual, y otros por enfermedad, y otros por la contradicción y molestia que le hacían los enemigos del Evangelio, para que con la grandeza y excelencia de las revelaciones de Dios no se desvaneciese, y para preservarle permitía que fuese atribulado y abofeteado de algún adversario y perseguidor.

Suele, otrosí, nuestro Señor enviar trabajos para acrecentar los merecimientos de las personas á quien los envía, y enriquecer su Iglesia de maravillosos ejemplos, que dejan con su paciencia y santidad, como lo vemos en Job y en Tobías, á quien dijo el ángel san Rafael: «Porque agradabas á Dios fué necesario que la tentación te probase.» Malaquías, hablando de los justos, dice (12): *Colabit eos et purgabit quasi argentum*; colarlos ha y purgarlos ha como se purga la plata. Porque la plata para purificarse y afinarse pasa por muchos y grandes como martirios; y son tantos los coladeros y pruebas que se hacen en ella, ahora con el fuego fundiéndola, ahora con el fuego y con el azogue, que es cosa de maravilla. Pero todo es menester para que ella sea plata acendrada y de

(7) Psalm. li.
(8) Psalm. xcvi.
(9) Amos, iii.
(10) II, Mac., vi.
(11) II, Corint., xii.
(12) Malac., iii.